

## *Presentación*

¿Qué es un niño hoy, en tiempos de cambio? Este libro nace de una interrogación y, como tal, se espera que sea un buen punto de partida para agitar el pensamiento. La idea de realizar este trabajo surge de la evidencia de que muchas de nuestras prácticas académicas, tanto docentes como investigadoras, así como numerosos discursos, tanto de orden público como otros originados en diversos ámbitos, se refieren a los niños, a las niñas, a la infancia. Pero en una situación de transformación social y cultural tan profunda como la que atravesamos en la actualidad parece oportuno preguntarse: ¿de qué concepción de infancia o de niño se derivan nuestras prácticas y nuestros discursos? ¿qué decimos hoy cuando decimos: un niño, una niña? Esto es precisamente lo que orienta y da sentido a este trabajo coral en el que un conjunto de especialistas provenientes de distintas disciplinas intentan movilizar con sus argumentos esta pregunta sencilla de formular pero, probablemente, no tan fácil de responder.

La pregunta ¿qué es un niño hoy? tiene, en idioma castellano, la tremenda dificultad e inconveniencia que determina el sesgo de género que contiene en su expresión, sin embargo, se ha decidido enunciarla así en lugar de, por ejemplo, ¿qué es la infancia? La elección se basa en que, de esta manera, se da cabida a la singularidad, al hecho de que los niños y las niñas son sujetos con historias y experiencias personales diversas y no sólo miembros de un sector de la población definido por su edad. Y aunque, como es evidente, no es posible dar cuenta de la singularidad de cada niño y cada niña en unos ensayos, intentaremos en estas páginas dar lugar a la multiplicidad y a lo diverso.

¿Qué es un niño hoy? contiene, al menos como proyecto y como intención, tanto la interrogación en torno al estatuto de la infancia como

categoría, como el afán por saber sobre los niños y las niñas como sujetos, es decir, en la enorme diversidad de sus vidas y de las infancias plurales que constituyen la realidad.

Esta pregunta, como no podría ser de otro modo, no se enuncia con vocación esencialista sino con total consciencia de sus limitaciones y de su provisionalidad. No hay en estas páginas una pretensión de producir una teoría abarcadora o *abracadabradora*, tampoco se espera agotar la totalidad de enfoques posibles sino que es una tentativa de agitar la reflexión y de presentar una variedad de miradas y perspectivas que nos ayuden a pensar pero también a favorecer nuevas interrogaciones, a lanzar el debate. Por ello, este libro alberga la intención de construir un cuadro poliédrico, amplio y múltiple, sabiendo que es ampliable, diversificable y provisorio.

Se parte de la idea de que en nuestra reflexión, en nuestra investigación y en el trabajo habitual con niños y niñas, subyacen presupuestos, teorías y concepciones sobre la infancia que a veces se sustentan en estudios y conceptos muy elaborados, pero otras veces se configuran de forma intuitiva o provienen de un vago espíritu de época del que nos apropiamos de forma casi imperceptible y no siempre de modo crítico. Conviene, por tanto, formalizarlos, ponerlos en negro sobre blanco, mirarlos con extrañeza. ¿Cómo pensar qué son los niños en estos tiempos sacudidos por un sinnúmero de transformaciones? Quienes trabajan con los niños, quienes investigan sobre infancia y también quienes conviven con ellos: ¿con qué noción de niño operan?

La relevancia de esta pregunta reside en el núcleo mismo de nuestro tiempo. La niñez es una categoría que ha sido construida de diversos modos a lo largo de la historia y con modulaciones propias en las diversas latitudes. La infancia, o mejor: las infancias, no pueden entenderse, por tanto, como aquel período que, determinado por aspectos de la biología humana, se dan de forma idéntica e invariable a lo largo de los tiempos y las civilizaciones. La infancia no es sólo un momento de la evolución física, emocional e intelectual de las personas sino que es, además, una producción histórica y cultural, un constructo de las comunidades en un tiempo dado.

La noción de infancia que se generó en la modernidad y que ha marcado fuertemente los discursos y las prácticas de los últimos tiempos en las culturas occidentales, ha de ser pensada como el producto de un deter-

minado modelo político, el del Estado-nación que funcionó como articulador simbólico de la sociedad y de sus instituciones. Pero en nuestros tiempos, el rol de los estados se va modificando de forma significativa y, por tanto, su papel como ordenador de instituciones y subjetividades se trastorna alterando lo que antaño regulaba con cierta fluidez. ¿Hay una metamorfosis del estatuto de la infancia y de los modos de pensar qué es un niño a partir de estas transformaciones que tienen lugar en los tiempos de la globalización, cuando los mercados adquieren un rol inédito hasta ahora que los eleva a la categoría de potentes protagonistas y reguladores de la vida de las comunidades? Evidentemente, el diverso funcionamiento de un modelo (el del Estado-nación) y del otro (el de los mercados y la economía financiera) conlleva consecuencias de gran magnitud que afectan de manera extensa y también de forma particularizada a cada una de las áreas de la vida social, a la singularidad de los sujetos que habitan esos contextos, a la regulación jurídica, a la noción de salud y su tratamiento, al ocio, a la educación, a la concepción de la vida misma y, en resumidas cuentas, a todos los ámbitos de lo personal y lo colectivo.

La edad, o más bien, las etapas de la vida, son tenidas desde hace tiempo como un criterio antropológico de gran relevancia porque organizan la vida de los sujetos y las comunidades, distribuyen roles, describen expectativas. Ello es así tanto en las sociedades con una etnografía compleja como en aquellas más simples. La historia personal suele ordenarse en torno a las etapas de la vida, y esa organización y periodización no tiene ni un carácter universal ni una cualidad inamovible, es decir, cada cultura y cada época producen una infancia diferente.

Pero la niñez, además de ser una categoría económica, social, histórica y cultural es también un momento de capital importancia para cada individuo. No hay biografía sin infancia. La niñez constituye una marca fundamental en la historia vital, un período que, al mismo tiempo que se hace pasado, se transforma en persistencia atravesando íntegramente la vida, marcando de forma profunda el porvenir. Somos niños y niñas pero más tarde, no volveremos a serlo ya. Y así, con la consciencia de la niñez como pasado que se puede evocar a partir de un futuro concretado en adultez, muchas veces se olvida que el de la niñez es un presente de una potencia descomunal. Único y diferente a cualquier otro período del vivir.

Aún persiste cierta noción que se centra en la infancia como un tiempo de inocencia e ingenuidad capaz de albergar todas las idealizadas esperanzas sobre el futuro, un tiempo en el que niños y niñas contienen en sí todas las capacidades en estado potencial, latente, pero en el cual al mismo tiempo deben ser específicamente protegidos porque aún no saben, aún no pueden, aún ignoran. Deben ser iniciados en las pautas de la sociedad, deben ser preparados para recibir la riqueza simbólica y material que la cultura ha acumulado en el tiempo. Es una idea de infancia que, si bien alberga verdades, sin embargo merece ser interrogada, porque aun siendo muy válida, pone el acento en el futuro y porque incluye, de forma implícita, una cierta definición sobre la adultez como el lugar al que se debe llegar, el lugar de la concreción, dejando así a la niñez reducida a un tiempo de paso, a un momento preparatorio, a una etapa precaria que debe superarse. En esta concepción, el adulto es el que, por haber atravesado ya su experiencia de niño, y por conocer ya el mundo de los mayores, debe orientar y guiar con sus saberes adquiridos a los que aún se encuentran en el principio.

Una de las paradojas que nos plantea este tiempo es que hoy los niños y las niñas son capaces de hacer cosas que los mayores no comprenden, se manejan en ciertos entornos, articulan lenguajes, conocen y se relacionan con naturalidad y autonomía utilizando formas que resultan en buena medida ajenas a los adultos. Ya no podemos pretender que comprendemos sólo evocando los recuerdos de nuestra niñez, porque hay cuestiones que hoy se ponen en escena y para las que no tenemos referencias en nuestro propio pasado individual y social, en nuestra experiencia vital. Tampoco hay memoria institucional que permita hacer frente a algunas expresiones de lo nuevo. No se trata de un desencuentro total, desde luego, pero sí significativo si se tiene en cuenta que suma a muchos en la perplejidad y en el desconcierto.

En este sentido, ha crecido en los últimos años la inquietud en torno a dos ámbitos específicos en los que la infancia se ve involucrada de una manera peculiar: la educación y el ocio (muy vinculado a determinadas formas de consumo y al manejo de instrumentos tecnológicos). En efecto, el malestar vigente sobre la eficacia de los actuales dispositivos pedagógicos en consonancia con el auge de los medios digitales, los consumos culturales que conllevan y los nuevos modos de sociabilidad que habilitan, ponen de manifiesto una transformación que está afec-

tando a las formas hasta ahora instituidas de aprender, pensar, sentir, compartir, decir y decir-se. Los niños y los jóvenes se han vuelto un poco extraños para la mirada de los adultos. Los argumentos que se suelen esgrimir para explicar estas mutaciones toman, precisamente, a los viejos y a los nuevos medios de comunicación como una de las causas de este estado de cosas que, en la mirada de muchos, se traduce en el desarreglo que genera el abandono de ciertos valores largamente anidados en nuestra cultura: esfuerzo, interés, respeto por la experiencia de los mayores, predominio de la expresión verbal, afán por el cultivo de la memoria, valoración del intelecto, etc. Desde diversos ámbitos se hace notar la disonancia que se expresa entre los adultos y los más jóvenes, una disonancia que parece sobrepasar con su actual intensidad al típico malestar que generaba la evidente diferencia que se da entre las generaciones que se suceden. Se intuye que algo de un calado diferente está ocurriendo en el presente. Los niños y las niñas son depositarios de identidades heredadas, pero también son constructores de nuevas identidades.

¿Cuáles han de ser las referencias que sirvan para asumir los nuevos retos? En el ámbito escolar —y ahora también en el ámbito universitario— se hace especialmente patente que los modelos de transmisión de la herencia cultural encarnados por la institución educativa de la modernidad ya no resultan productivos, al menos no de la forma y en la medida en que solían serlo, y muchas veces ni siquiera son viables en las actuales condiciones. El malestar en la enseñanza, ámbito muy específico de la vida infantil y lo juvenil, es significativo, creciente y pone en escena de forma muy estridente el cambio que está teniendo lugar. También en el interior de los hogares se escenifica esta mutación que a veces deja a los padres llenos de preguntas y, en ocasiones, con cierta sensación de impotencia.

Nacer, llegar al mundo, hacerse niño o niña son procesos que también están sacudidos en muchas ocasiones por nuevas condiciones porque en medio del vendaval de cambios en el que estamos inmersos, aspectos vinculados con el cuerpo y la salud están sufriendo una gran metamorfosis. La propia concepción de la vida, cada vez más mediada por procedimientos médico-técnicos orientados a facilitar que se produzcan los embarazos, pone de manifiesto las significativas dificultades con que se encuentran a menudo las personas que desean procrear (al

menos en las sociedades occidentales de lo que se ha dado en llamar: mundo desarrollado). Ello nos enfrenta a nuevas trayectorias médicas y anímicas que han de recorrer quienes buscan, a veces con dificultades, concretar el anhelo de paternidad, de maternidad. Todo esto supone una innegable y trascendente mutación. Se decía que la revolución de los años setenta reclamaba el derecho al sexo sin procreación y en la actualidad, la fórmula inversa, es decir, la procreación sin sexo, empieza a tener un peso notable porque son muchas las parejas que, o bien necesitan de la asistencia especializada para engendrar un hijo, o bien deben recurrir a fórmulas alternativas por otro tipo de razones vinculadas con los cambios que se están produciendo en el ordenamiento de la sociedad (parejas cuyos miembros son del mismo sexo, retraso en la edad de procreación, parejas que anhelan la maternidad cuando su ciclo fértil ha concluido, etc.). Todo ello no sólo supone y expone novedades que están relacionadas con nuevas condiciones de lo social, de la corporalidad, de la dinámica social, de lo sanitario, etcétera, sino que además, será la razón de que los niños de las nuevas generaciones oigan explicaciones y construyan relatos que darán lugar a imaginarios hasta ahora inéditos sobre el origen. Probablemente aún no se haya puesto suficiente atención sobre este aspecto tan singular de la «novela familiar», al decir de Sigmund Freud.

Por otra parte, se vislumbra que ciertas características del ánimo infantil, probablemente producto de las nuevas formas de lectura, de conexión y de experimentación con las cosas y los discursos en una sociedad en la que prima el flujo y la velocidad frente al reposo y la calma de antaño, están siendo abordadas por medio de prácticas que reivindican la vía de la medicamentación de los niños y las niñas como modo de acallar o aquietar algo que parece inquietante en sus modos de transitar la infancia. Se les recetan pastillas para moderar su actividad, para silenciar el murmullo, para templar el desorden, para inducir la concentración, etc., pero lo más probable es que por estos medios se esté intentando encapsular, en la misma operación, lo que agita a los niños y el desconcierto de los mayores que muchas veces no saben qué hacer con esta niñez.

Pero este no es un libro sobre lo que se ha de hacer sino que pretende ser una invitación cordial para intentar pensar sobre un asunto de central importancia: los niños, las niñas, las infancias.

Carlos Skliar escribe el capítulo abocado a la reflexión sobre el niño desde la pedagogía. La noción de infancia construida por el ideal humanista «no está, no existe, se ha ido, difícilmente regrese, quizá nunca haya existido», explica al inicio. ¿Cómo enfocar el desbordamiento de asuntos que se ven implicados en el intento de pensar la infancia hoy, la infancia en la escuela? Este texto propone una reflexión sobre el tiempo de la infancia. Un tiempo que no es evolutivo, no es lineal, no es unidimensional. Es un tiempo en el que de alguna manera, en algún momento, irrumpe la palabra adulta, interviene la acción educadora, y en esa irrupción se produce una cuádruple interrupción: del cuerpo, de la atención, del lenguaje, de la ficción. Propone que educar a los niños ha de consistir en «hacer durar la infancia todo el tiempo posible», una pedagogía cuyo mérito sea: no interrumpir.

Heather Montgomery despliega, argumenta y ejemplifica con la aportación de pruebas etnográficas y de los saberes de la antropología, una significativa porción de asuntos vinculados con la niñez y la vida de los niños. Así encontraremos distintas concepciones sobre el inicio y la finalización de la infancia, conoceremos el papel familiar, económico y social que detentan los niños y las niñas en diferentes culturas, nos adentraremos en las conductas y expectativas que los adultos depositan en ellos, en el significado de nacer y crecer en diferentes rincones del mundo, en las modulaciones que adquieren las diferencias de género, las prácticas domésticas de crianza, el peso de los medios de comunicación y la globalización en la configuración de la niñez actual. En un enfoque centrado en la diversidad de las infancias, se examina también el papel de la Convención de las Naciones Unidas sobre los Derechos del Niño que reproduce y universaliza los ideales de la modernidad trasladando concepciones occidentales sobre la infancia a culturas estructuradas en base a principios diversos.

El capítulo escrito por Débora Tolchinsky y Adriana Flórez invita a conocer cómo el psicoanálisis plantea los procesos de constitución del sujeto, el «cachorro humano», según la expresión de Sigmund Freud. Este recorrido conceptual resulta imprescindible para comprender cómo se llega a hacer niño o niña, pero también es indispensable para analizar las transformaciones que actualmente se observan en el ánimo infantil. Cierta estado de excitación, falta de atención, depresión y estrés que se detecta y que está produciendo malestar y preocupación en el seno

de las familias. Existe consenso en torno a que el exceso de estímulos a los que están expuestos genera una clara y problemática sintomatología que pone de manifiesto la dificultad con la que se encuentran para metabolizar y elaborar todos los estímulos que reciben y lo que ello les produce. Este tipo de padecimiento se está transformando en motivo frecuente de consulta clínica. Hay quienes diagnostican trastornos de hiperactividad o déficit atencional y proponen un tratamiento químico medicamentoso como respuesta, como fórmula para acallar el desorden. El psicoanálisis, en cambio, analiza la relación que existe entre las condiciones sociales actuales y estos modos de presentación clínica, apostando por la escucha de la singularidad de cada niño en lugar de responder de forma estandarizada y uniforme.

El capítulo escrito por Walter Omar Kohan invita a un encuentro, o mejor, a dos. En primer lugar se trata de un encuentro con la infancia a través de la filosofía y en segundo término propone un encuentro con la filosofía a través de la infancia. Abre las puertas para pensar la relación de la niñez con el tiempo de la mano de la tradición filosófica, pero también para reflexionar, a partir de una experiencia de pensamiento filosófico protagonizado por niños en el marco de un proyecto que reúne en Brasil a los niños, la escuela y la universidad, sobre la inquietante y potente fuerza que se activa en el pensamiento infantil. Un pensamiento que es capaz de ser portador de un nuevo impulso que lleva a «formas inhabitadas para el pensamiento y la vida».

El capítulo que ofrece Joël Brée, destinado a abordar el consumo infantil, propone un vastísimo panorama que permite comprender la actual situación socio-familiar de los niños y su relación con el consumo teniendo como eje aspectos tan variados como son la relación de los niños con su propio dinero, su función como prescriptores dentro de la familia, su relación con los medios de comunicación, la publicidad y las marcas. Se trata de un enfoque que toma en consideración a los niños en una doble dimensión: como agentes económicos y como consumidores. Este texto ofrece valiosas perspectivas de análisis apoyándose en una multiplicidad de investigaciones que permiten conocer aristas muy específicas de esta relación.

El capítulo dedicado a sopesar la cuestión de la infancia desde el punto de vista de los medios de comunicación ha sido asumido por Ana Isabel Íñigo, Fernando Tucho y José María García de Madariaga.



En él se enfoca la atención sobre diversos aspectos vinculados con la variada y amplia relación entre infancia y pantallas. De un lado se centra en cómo los niños miran las pantallas, de otro, mira a los propios medios para ver qué imagen dan de los niños en sus contenidos. Nos revela cómo son los procesos de producción de los mismos y de qué manera los responsables públicos intervienen en esta relación. Por último, se aborda la educación en medios que, en tanto aspecto aún minoritario y diferente del que proyectan los grandes medios y las grandes administraciones, constituye una asignatura pendiente del sistema educativo.

José S. Gutiérrez comparte con nosotros un original proyecto fotoperiodístico. Este capítulo presenta el relato de la experiencia realizada por el autor entre los años 2009 y 2011 cuando compartió y documentó fotográficamente las circunstancias cotidianas de mujeres que serían madres primerizas y que viven en cinco rincones diferentes del mundo: Mali, India, Estados Unidos, España y Perú. Esta experiencia le permitió registrar todo lo que rodea la vida de las familias y las futuras madres en los momentos previos y posteriores al alumbramiento de su primer hijo. Este texto y sus imágenes nos permiten reflexionar sobre situaciones que ponen de relieve las grandes diferencias que entraña el llegar al mundo en uno u otro lugar del planeta, pero también son significativas en el sentido opuesto, porque nos invitan a intuir un hermanamiento sentimental sin fronteras a través de las conductas, ilusiones y anhelos que alimentan las personas ante la llegada de una nueva vida, de una nueva luz al mundo.

Todo el libro se encuentra hilvanado por dibujos, frases pronunciadas y textos breves escritos por niños y niñas que reflexionan sobre los temas que se abordan en los diferentes capítulos de esta obra. Ha sido tarea de Gabriela Waisberg la coordinación y dinamización de estos encuentros tan reveladores que permiten que este libro se vea enriquecido con las voces infantiles. Agradezco, por tanto, a los niños y a las niñas de 3 a 12 años que han brindado su colaboración y también a sus familias, y deseo reconocer la colaboración entusiasta de docentes y autoridades escolares que han aceptado participar de esta idea. Vaya una especial mención al CEIP Miguel Hernández de Getafe, al Colegio Santa Teresa de Getafe, al CEIP Claudio Moyano de Madrid, al CEIP Victoria Kent de Rivas Vaciamadrid y a la Biblioteca Municipal José Hierro de Madrid.

Este libro ha sido realizado dentro del proyecto de investigación PROCOTIN, Proyecto Coordinado sobre Televisión e Infancia que ha contado con el apoyo de la Comunidad de Madrid.

Alejandra Walzer